

La sociedad porfiriana.

Una lectura de *Los parientes ricos*, de Rafael Delgado*

María Gracia Castillo

Las pugnas y los altibajos por los que atravesó el país a lo largo del siglo XIX posibilitaron, a fin de cuentas, un fondo común en las ideas, sentimientos e intereses de los ciudadanos: la mayoría anhelaba y demandaba el orden. Esta especie de conciencia que implicaba la subordinación de los intereses parciales a los generales, aunada al impulso de las vías de comunicación con las que el porfiriato contribuyó a que la riqueza, el hombre, sus ideas y sentimientos circularan a lo largo y ancho del país, impulsó la consolidación de la nacionalidad.¹

La dictadura logró una calma que, por superficial que haya sido, encubrió por tiempo considerable los problemas económicos y sociales, justificando, con base en el positivismo, los objetivos materialistas y el afán de lucro de la clase media, así como la continuidad de la posición económica y social de los tradicionalistas.² La consecución del orden como aspecto rector de la administración porfirista, fue lo que le brindó consenso social. Considerables sectores de la población equipararon la libertad al orden, ya que éste se requería para actuar. Con el fin de lograrlo, el presidente Porfirio Díaz justificó el creciente abandono del constitucionalismo, utilizó sólo la parte de la ley que le convenía y procuró el fortalecimiento del Ejecutivo federal, con el fin de hacer de la dictadura una institución legalizada por la sociedad. Para ganarse a los sectores conservador y medio de la sociedad

regresó a la Iglesia parte de su poder real y favoreció ciertas prebendas económicas para la clase media. Todas estas medidas fueron posibilitadas por el vehemente deseo de orden social.³

En tales circunstancias, los novelistas, que veían los males sociales pero deseaban preservar la estabilidad, decidieron expresar una realidad que se tornaba cada vez más compleja. Si las tendencias literarias vigentes los ponían en conflicto con una sociedad satisfecha de sí misma, decidieron modificar su influencia, conjugando el sentimentalismo romántico con una manera esencialmente realista de ver las cosas. Ni eliminaron totalmente el elemento espiritual, al que consideraban parte integrante de la realidad, ni recurrieron a los extremos grotescos para hacerla más negra.⁴

Simultáneamente al esplendor de Díaz, el realismo se hizo dominante en la novela. Si bien este movimiento no impidió un cambio de cosmovisión, la actitud ante el mal social ya no fue tan vigorosa como liberal-reformista. Prefiriendo la paz que permitía el libre desarrollo de los individuos, se limitaron a evidenciar las condiciones de vida y la tajante división de la sociedad en clases, sometiendo la realidad a una técnica de escribir que resalta su objetividad más allá de la obra.

Inmerso en esta realidad sociocultural, Ra-

fael Delgado recibió la influencia de varias corrientes literarias, mismas que procesó logrando un estilo personal que, antes que todo, repudia el enredo: "En mi plan no entra por mucho el enredo. Da interés a la novela, pero suele apartar la mente de la verdad." Su deseo era que *Los parientes ricos* fuese una "página exacta de la vida mexicana". Haciendo realidad su deseo, logró una obra que es producto de la situación social en que se produjo y que puede considerarse como testimonio histórico de ella.

Delgado vivió los primeros años de su vida entre la promulgación de la Constitución de 1857, la guerra de reforma (1859-1861) y la intervención francesa (1862-1865). Observó que la forma en que Díaz arribó y se mantuvo en el poder demostraba la falta de raigambre de la Constitución en la mentalidad de los mexicanos; para ese momento, la política implicaba el hecho, la respuesta concreta e inmediata a cada situación, el aprovechamiento de cualquier oportunidad y olvidarse de las discusiones racionalizadoras.

Desde muy joven, este autor cultivó las letras. En 1892 ingresó al Liceo Altamirano—equivalente a la actual Academia Mexicana de la Lengua—. Entre 1894 y 1898 vivió en la ciudad de México, donde colaboró en *El Tiempo*, *El País* y *La Revista Moderna*. Su estancia en esa ciudad le permitió utilizarla como uno de los escenarios de *Los parientes ricos*—publicada en 1902—, pues acorde con sus convicciones, no hubiera podido hablar de ella sin el previo conocimiento personal.⁵

Como testigo de los procesos políticos mencionados, como miembro de la sociedad en que se dieron y, posteriormente, como catedrático, conoció situaciones ajenas a él pero comunes en la sociedad, que le posibilitaron destacar en sus novelas tanto las formas de vida que se apeaban a los viejos modelos como las condiciones en que se desenvolvía la sociedad porfirista, donde la ciudad provinciana aparece vieja e inactiva, pero bien ubicada frente a la desorientación que priva en la capital.

Delgado nos proporciona una visión global del acontecer social, de las formas de pensar, de la mentalidad y valores a lo largo de un periodo sin duda singular. A la supuesta paz, calma y

orden tan característicos de la dictadura, se opone el cambio, el movimiento rápido, el contacto con otras culturas y formas de vida acarreadas por el progreso y la modernidad.

En *Los parientes ricos*, Delgado presenta, a lo largo de una trágica pero sencilla trama, una confrontación entre la vida en una ciudad provinciana y otra en la capital, entre una familia de nuevos ricos y una de clase media que desciende en la escala social. Además, evidencia el progreso material alcanzado en el porfiriato y sus repercusiones sociales, así como la hipoteca social de la libertad con miras a la consecución del orden.

La novela trata de lo ocurrido a la familia de Ramón Collantes, viejo liberal fallecido cuya viuda, después de dudarle profundamente, termina aceptando la ayuda ofrecida por su cuñado Juan, conservador que, debido a sus ideas y prácticas sociales, había perdido toda relación e incluso había peleado con su hermano.

Juan Collantes había aprovechado la boda de su hermana con un general francés para introducirse en el mundo de los negocios y llevar a su familia a vivir a Francia. A su regreso a México decide ayudar a su cuñada en desgracia, aprovechando así la oportunidad de engrandecer su imagen tanto ante la sociedad de su ciudad natal como ante el círculo social capitalino donde se desenvolvía socialmente, asegurándose además una clientela.

El hecho de aceptar esta ayuda implicaba para doña Dolores Collantes y sus hijos dejar Pluviosilla, la ciudad donde tenían un lugar reconocido entre los habitantes, donde su hijo mayor trabajaba en una fábrica, mientras ella y sus hijas hacían labores para contribuir al sostenimiento familiar y el menor estudiaba; allí gozaban de la simpatía y el apoyo de las amistades cercanas y del cura de la iglesia de Santa Marta. A fin de cuentas, Pluviosilla era para ellos la "matria" que tenían que dejar con la esperanza de encontrar en la capital, bajo el apoyo de don Juan, una vida mejor para cada uno de los integrantes de la familia, inclusive la criada, que había permanecido a su lado sin sueldo al venir las dificultades económicas.

Las esperanzas familiares fueron desapareciendo una a una conforme salía a la luz la interesada ayuda de la familia de don Juan. Éste terminó por apoderarse de una herencia que la hermana casada con el general francés había dejado a la viuda, en prenda de una supuesta vieja deuda de don Ramón, así como de todas y cada una de las ayudas que habían otorgado a los parientes pobres.

Pero eso no es todo: los desprecios y humillaciones sufridos a causa de su situación económica son coronados por el ultraje que Elena, la hija ciega de doña Dolores, recibe de Juan, el menor de los parientes ricos. Aprovechándose de la situación de aquélla, después de embarazarla, se va a Francia a arreglar unos negocios del padre en compañía de Conchita, una muchacha de Pluviosilla amiga de los parientes pobres. Entonces la familia de doña Dolores decide, acorde con la propia dignidad, no aceptar ninguna ayuda ni relación con los parientes ricos y afrontar los problemas presentes, en espera de lo que les depare el porvenir.

Si Balzac —comparando el determinismo de la naturaleza sobre los animales con la forma en que la sociedad posibilita y diferencia el desarrollo de los humanos— intentó describir cómo se combinan lo homogéneo y lo heterogéneo de los hombres y, con ello, un aspecto de la vida francesa que habían descuidado los historiadores, esto es, las costumbres, Rafael Delgado, siguiendo su ejemplo y retomando además la tradición hispana, decidió hacer lo mismo para el caso mexicano. Intuición, observación y fidelidad de los datos recogidos de la realidad permitieron a Delgado plasmar aspectos relevantes de la vida cotidiana de su época.

Delgado aseveró, en sus *Lecciones de literatura*, que la novela debía ser “hasta donde sea posible, una visión exacta de la verdadera vida” y que el novelista es

un historiador con mucho o casi todo de poeta [...] rico en observación y sabio en el conocimiento de la sociedad, de los hombres [...] en suma, de cuanto le rodea [...] El toque principal de la novela finca en la

creación de almas y en la pintura exacta de la naturaleza.⁶

El autor hace realidad su concepción en *Los parientes ricos*. Sus bien logradas descripciones costumbristas, entremezcladas con una viva narración de la que afloran fluidos diálogos, nos meten en el ambiente en que se desarrolla la trama, posibilitándonos una mejor comprensión de lo acontecido entonces. Las casas, edificios, calles, paisajes y demás sitios que constituyen el escenario de la novela permiten situar individualmente a los diversos personajes, así como a los grupos donde participan.

Más que la imagen de los individuos, lo que transmite la novela es el contraste entre la vida provinciana y la metropolitana. Para hacer esta confrontación, Delgado escoge protagonistas discordantes de ambas realidades. La forma en que los parientes ricos ven la provincia y aquella en que los parientes pobres ven la capital y las costumbres de los que han vivido en París, brindan diversos pero convincentes retratos de la sociedad que, en cierta forma, equivalen a juicios de valor, dados los paradigmas del bien, el mal y la locura.

Balzac, buscando la razón de los efectos sociales, su sentido oculto, la causa del movimiento de la sociedad, llega a la misma conclusión que Marx aunque por otro camino y con otra óptica: el motor de la sociedad es la lucha de clases, el afán de los individuos por alcanzar el poder que concede el dinero.⁷

El poder del dinero es uno de los aspectos centrales de la obra de Delgado. Juan, el pariente rico, es una excelente muestra de la incapacidad que tuvo el reformismo liberal para hacerse vigente, para penetrar el sentido común, el corazón de los ciudadanos, para racionalizar la religión y dar un nuevo sentido al amor humano; es el ejemplo de cómo algunos elementos dispersos de la sociedad retomaron esas ideas y las utilizaron en beneficio propio. Tanto él como su familia son corrompidos por todas las comodidades y facilidades que les proporciona el dinero; para acapararlo, no vacilan en aprovecharse de los propios familiares, aunque éstos sean pobres. Pero más allá de lo material, la

corrupción llega a lo personal, a lo espiritual. Si bien los parientes pobres dudan cuando se les presentan oportunidades tentadoras y se remiten a sus creencias, los parientes ricos se olvidan de ellas y se dejan llevar por lo novedoso, lo cómodo, lo fácil y lo que les da presencia social.

Delgado no requiere subrayar la vileza de los procedimientos para adquirir fortuna, ni pasar revista a las masas para destacar que los pobres están siempre a merced de los poderosos. Pasajes como el del día del cumpleaños del pariente rico, en que los parientes pobres son invitados a desayunar para pasar un rato en familia, pero excluidos del espléndido banquete que se celebrará a medio día debido a que su ropa y costumbres no concuerdan con la etiqueta de la ocasión, además de evidenciar el resquebrajamiento de la unidad familiar entre los sectores sociales más civilizados, muestran cómo Delgado, sin haber tajantes delimitaciones de clase, presenta situaciones que dejan ver el prestigio o desdén de que son objetos sus personajes debido a su posición social. De ahí que Pogolotti asevere que “suave y sonriente, rompe sin embargo las amarras de su neutralidad con atinados disparos contra los ricos”.⁸

Un hecho significativo en Delgado es que usa protagonistas y situaciones similares en sus diversas novelas: historias de amor teñidas de desgracia, fondos provincianos, madres solteras y viudas o mujeres que hacen frente a la vida solas, criadas fieles, vividores, familias honestas de las que se aprovechan los poderosos, entre otros.⁹ Tanto en *Los parientes ricos* como en *Angelina y La calandria*, las personas murmuran unas de otras, porque el chisme es una de sus fuentes principales de entretenimiento, pero todas se llevan bien socialmente; muchas se quejan del retraso de la ciudad, pero son las mismas personas que se resisten al cambio; la mayoría de los hombres jóvenes se van de la provincia en busca de futuro, por lo que no pocas mujeres se quedan solteras; la inercia se adueña de la ciudad y el idioma francés sustituye a la enseñanza del latín, hecho al que acompaña la generalización de la ignorancia.

La fascinación por todo lo que fuera europeo

queda bien clara a través de los parientes ricos y su red de relaciones; el fenómeno del afrancesamiento es cuestionado por los parientes pobres; dada su discordancia con las costumbres y creencias de los mexicanos, particularmente los provincianos. Es por eso que doña Dolores y el párroco de Pluviosilla no están de acuerdo con varias de las lecturas que son permitidas a los muchachos que han vivido en París, a la vez que ven algo monstruoso en el hecho de que las mujeres de la familia se puedan presentar en el teatro a la semana siguiente de la muerte de la cuñada.

La novela se sitúa en dos coordenadas: una, la senda trazada por Ignacio Manuel Altamirano a los escritores mexicanos que lo continuaron, esto es, el engrandecimiento de la cultura nacional a través del renacimiento literario; otra, la ruta de Balzac y de Zola, quienes coincidieron en que el punto de partida de la literatura debe ser la observación fidedigna de los hechos, donde la intuición tiene mucho que ver.

Como realista, Delgado exhibió los hechos de la vida cotidiana. Tipificando en cada uno de sus personajes una forma de ser peculiar, ofrece un buen cuadro de la sociedad. Sus descripciones, nunca acabadas, se enriquecen a lo largo de la novela; nuevos rasgos, en ocasiones inesperados y contradictorios como el hombre mismo, aparecen conforme los individuos se van enfrentando a nuevas situaciones. Señala sus aspectos físicos y cualidades morales, sin omitir sus defectos, inclinaciones, afectos y formas de ser. Todo esto lo hace de manera tan sencilla y ausente de interpretaciones explícitas, que los lectores terminamos por simpatizar, rechazar o valorar a los personajes de la forma en que Delgado pensó que lo hiciésemos.

Unas cuantas personas inteligentes y humildes están dotadas de buenas intenciones, buen gusto y buen sentido: María, la prima pobre, aunque modesta, es más elegante que Margarita, la prima rica. Los demás protagonistas son víctimas de sus propias ambiciones mezquinas. Apresados en la estabilidad del periodo de Díaz, no piensan más que en obtener dinero, alcanzar poder, exhibir una mayor elegancia dentro de esa sociedad, lograr una mejor situación.

Aunque no sentencia de forma explícita a la sociedad, sino que simplemente presenta la moralidad de las personas en función de las circunstancias sociales existentes, condena implícitamente a ciertos sectores. Así sucede en el caso del comentario de Filomena, la criada de la familia pobre, que al ver el desperdicio de la comida, hace una comparación con lo que los pobres de su tierra podrían hacer con eso.

Ni juicios de valor, ni censuras, ni tesis, ni cosas por el estilo aparecen en la novela; la sutileza del autor no requiere de ellos para transmitirnos sus valoraciones sociales. Las tesis políticas o juicios de valor son sustituidos por una técnica de escribir que, sometiendo la realidad, trata de resaltar su objetividad y evidencia, a fin de cuentas, las injusticias y el estancamiento de la movilidad social que se esconden detrás de la aparente calma porfirista.

Si bien el romanticismo había quedado atrás, existen en *Los parientes ricos* algunas reminiscencias de él que pudieron incluso ser propiciadas por la consolidación nacional lograda en el porfiriato. Tal podría considerarse su reivindicación implícita de las costumbres tradicionales y nacionales frente a lo que huele a europeo, que, por serlo, es presentado como frívolo o decadente. En este sentido, también es significativo el margen que deja a la pasión y al sentimiento, de las que son ejemplo la irritación de doña Dolores cuando percibe temerosos a los parientes y amigos por el hecho de que son trece los sentados a la mesa: entonces la señora estuvo a punto de perder los estribos; o el pasaje donde Pablo y Margarita, después de manifestarse lo grande y firme de su amor, deciden separarse ante los ultrajes de que han sido objeto los parientes pobres pero sin quebrantar la promesa de amor eterno que se habían hecho, sino por el contrario, reafirmando.

También podría considerarse romántica la actitud de algunos personajes que, inconformes con las apariencias de la capital, toman una actitud reacia frente a ella y nostálgica de su terruño; de ahí las constantes alusiones en el sentido de que tal o cual cosa no pasa en Pluviosilla, así como el recuerdo de los amigos sin-ceros. Asimismo, se da en los protagonistas la

preferencia por la soledad en ciertas circunstancias donde se logra la propia intimidad, se matiza el pensamiento, la tristeza, la nostalgia y con frecuencia la amargura y la frustración: ante la tragedia de su embarazo, Elena, la ciega, se refugia en el aislamiento, donde por fin comprende que su primo no es como ella imaginaba, y que no obstante su amor por él, vivir a su lado sería atroz.

Por lo que toca al modernismo, más que una influencia directa en su aspecto del placer estético, la belleza por la belleza, se manifiesta en la actitud del mismo escritor, que trata de evitar la fealdad, incluida en ella la guerra. No es extraño que Delgado, soslayando el vocablo progreso y sin hacer alusión a nada que pueda violentar el orden existente, ante la trágica situación que presenta, hable de porvenir.

Más que por las bellas descripciones de la naturaleza, de los paisajes entre cerros y nubes por los que atraviesa el tren en su recorrido, de los lugares tanto comunes como privados de las ciudades donde se desenvuelve la novela, del movimiento y colorido locales, es naturalista por la excelencia de su observación sobre la naturaleza humana. Además de la forma de pensar propia que se refleja en el tratamiento de la trama de la novela, Delgado pone en sus personajes diversas ideas, que bullen cargadas de pasiones y que irrumpen en sus actos, que generan dramas, como producto de concepciones que en la realidad no son del todo rectas y de pasiones que no siempre se controlan. El color local, el paisaje, está formado por la persona que está situada en él, que lo vive y la influye.¹⁰ Juan, el malvado, el que nunca tuvo en la capital asomos de bondad o sinceridad, es en Pluviosilla donde saca a flote sus buenos sentimientos y, si bien éstos no logran concretarse, dadas las insinuaciones de Conchita, es en la provincia donde sale lo mejor de su persona.

Mariano Azuela advierte que con Delgado queda atrás el ensayo novelístico y aparece la novela de real valor en México, a partir de la cual nuestro país puede presentar ante el mundo una cultura propia, definida —nacionalista, según Carlos González Peña—, pero sin ir más allá, sin pretensiones de competencia con lo has-

ta entonces realizado en Europa. Azuela destaca cómo además de la frescura, buena forma y estilo, el maestro provinciano supo dar verosimilitud, humanidad y ambientar realísticamente el medio en que se desenvuelven sus personajes mediante una buena narración y una excelente descripción.¹¹

La protagonista y destinataria de la novela es la clase media en las diversas modalidades que adoptó durante el porfiriato. Un sector, el de los parientes ricos, que se adhirió al régimen no tanto porque se identificara con él, sino por las posibilidades, ya económicas, ya políticas, que brindaba. Otro grupo, el de los parientes pobres, que aferrándose pasivamente a los ideales reformistas permaneció estático. Una tercera modalidad, no de grupo sino de jóvenes aislados, sin abandonar del todo las creencias en que viven, se arriesgan, más visceral que racionalmente, a provocar lo nuevo, a intentar una vida más interesante que los saque de la monótona cotidianidad provinciana. Aquí se ubican Conchita, la chica vivaz y alocada de Pluviosilla, la que, en su afán de destacar y cambiar, se pasa la vida entre hombres preparando comedias para entretener y dar que hablar a sus paisanos; Ramón, quien en su deseo de ser profesionista, se deja impresionar como ninguno de la familia por las apariencias de la ciudad de México. Esta última modalidad, que después de todo es la que altera el orden establecido, es la que Delgado presenta como más peligrosa, que no mala; como la locura, es más difícil de controlar porque altera y pasa por encima de los esquemas sociales vigentes.

En *Los parientes ricos*, las posiciones antes mencionadas interactúan y son capaces de cuestionar las ideas y creencias de las personas de diversos grupos que presenta la novela; de tal forma, Margarita es capaz de cuestionar la vida de Alfonso su hermano, a la vez que Juan logra alterar, aunque sea momentáneamente, los valores de la ciega, ante la tentación de nuevas experiencias; lo mismo pasa con el hermano mayor, quien por momentos sigue a Juan en sus correrías.

La obra, indudablemente, constituye una amenaza, una afrenta para los miembros de la clase media, un cuestionamiento a su mundo decente

y estable, que hace público y... a nadie le gusta que la ropa sucia se lave en público. Sin embargo, como miembro de esa clase, el autor también evidencia el decoro de un mundo que temía destruir idealizando personajes. Aunque habla del estancamiento de la provincia, nunca llega a decir que sea malo; más bien recalca su sencillez y bondad, incluso la agradable superficie tras la cual se esconde la murmuración o las buenas formas.

Mariano Azuela afirma que Delgado, junto con José Joaquín Fernández de Lizardi, Luis G. Inclán y José Tomás de Cuéllar son los autores fundamentales de las letras mexicanas en el siglo XIX, ya que independientemente del valor literario de sus obras, dan la visión directa y exacta, con su fisonomía propia y sus rasgos característicos, de cuatro épocas bien diferenciadas dentro de la evolución del país, por lo que sus obras constituyen documentos históricos insustituibles.¹²

Lo dicho por Azuela tiene mayor sentido si consideramos, con Ortega y Gasset, que para entender a un hombre hay que conocer sus ideas y las de su tiempo, así como las creencias sobre las cuales se fincan dichas ideas, el ser concreto de cada grupo social.

Los parientes ricos permite ver a lo largo del relato cuáles son las creencias en las que la gente vive, cuáles las transformaciones que van teniendo gracias a la influencia del progreso material y del contacto con otras culturas y cómo estas creencias evolucionan de diversa manera en los diferentes grupos sociales, dependiendo de las circunstancias concretas que se viven o han vivido; esto es, permite ver cómo una idea es capaz de convertirse en creencia. Los parientes ricos ya no viven en las creencias que había en Pluviosilla; influidos por su estancia en Francia y las nuevas ideas de progreso, empiezan a participar de otro tipo de creencias: el dinero, la apariencia, el lujo, la comodidad, el estatus social.

No quiero, ya lo tengo dicho, hablar de cosas pasadas, tristes y enojosas... Lo que no tiene remedio... ¡Dejarlo...! Puedes creerme, Lola, puedes creerme; ustedes me han

juzgado mal... Confieso que fui severo, intransigente, hasta duro... ¡Qué quieres! ¡Los años! La edad.

¡El medio en que vivíamos! Yo no había visto tierra, ni había viajado, ni me eran conocidas muchas cosas... Ahora, libre de prejuicios y de ciertas preocupaciones, a salvo de ciertos influjos, miro muchas cosas de muy distinta manera... Mas no piense usted, doctor, por esto que digo, que he mudado de opiniones, de principios y de ideas, no señor... Tan buen cristiano como siempre; católico como en mi juventud, y si usted quiere... conservador como antes, aunque en este punto he modificado mucho mi criterio... Me estoy yendo por donde no debo ir... Vamos Lolilla, respóndeme... cómo andas de dinero... Mal. ¿No es así?

Evidencia además cómo esas creencias actúan sin que sean llamadas cuando sus interlocutores entran en confrontación con otras personas. Por eso doña Dolores pierde la compostura cuando sus invitados se alteran al darse cuenta de que son trece los sentados en la mesa. Muestra cuáles son las ideas que privan en momentos y grupos determinados, por qué lucha o luchó una determinada persona y también las secuelas de una idea que no triunfó en su afán por hacerse imperante, cuál es la realidad problemática a la que responden y sobre la cual, a fin de cuentas, se sobreponen las creencias. En estas ocasiones es cuando aparecen en la novela la política, los ideales liberales, que por ser ideas que no encontraban el justo acomodo con las creencias, fueron pasadas por alto u olvidadas durante la dictadura porfirista.

—Sí Lola: ya es tiempo de olvidar lo que fue causa de tantos disgustos. ¿Cuál fue el origen de ellos? La maldita y aborrecible política. Mi tocayo conservador, liberal tu marido... ¡qué había de suceder!¹³

La madre abnegada acaba por aceptar la ayuda del cuñado, pues a pesar de lo que cree, de lo que ella consideraba primordial en su

vida, la idea de que tiene que brindarle lo mejor a sus hijos, el firme convencimiento de que la madre tiene que hipotecar la vida en favor de la prole, la lleva, como resultado de la “política interior”, a la duda en la que luchan creencias e ideas. Así se manifiesta la fe en el progreso, tanto el alcanzado por la sociedad en su conjunto, como el que es posible que los hijos alcancen, idea que logró permear a la sociedad porfirista, pero que, en el caso de la familia Collantes, terminará siendo esperanza en el “porvenir”.

A fin de cuentas, esta situación de duda entre la creencia en lo que se vive y la idea de lo que posiblemente se pueda alcanzar es permanente en la novela. Esa ambigüedad de la familia Collantes es la ambigüedad de Delgado, de la sociedad porfirista, del mundo que el autor y sus protagonistas imaginan como el verdadero, pues es verdadero para él y para sus personajes. Aunque puede haber contemporáneos que discrepen, no deja de ser una visión, entre muchas otras formas de percibir el mundo.

Mientras que algunos de los personajes de Delgado no quieren salir de su intimidad, cuestionar sus creencias con el fin de reafirmarlas o aventurarse en la idea que las destrona, otros salen, ya dudosos, ya aventureros, en busca de mejores experiencias; unos en busca del progreso, otros en busca del porvenir, que es lo que suena mejor. La duda de Delgado en su novela no es más que una representación de que la sociedad se está moviendo y es por ese movimiento que nacen las interrogantes. Es precisamente esa duda la que los lleva, tanto a él como a sus personajes y a ciertos sectores de la sociedad porfirista, a pensar en el porvenir.

Aparentemente, los aspectos políticos brillan por su ausencia en la novela. Sin embargo, buscándolos, los podemos encontrar precisamente en la forma en que el autor describe las situaciones. Lejos de darles un lugar especial, Delgado los sitúa en el lugar que realmente tenían para el grueso de la población.

—No quiero ocuparme Lola, en disertar de lo pasado. Me basta el presente. Lo actual es lo que me interesa, y de ello trataremos en pocas palabras.

La ausencia casi total de aspectos políticos en la novela es reveladora de que ese aspecto permanecía latente en las vidas de los hombres y mujeres de ese tiempo. Las alusiones a la vieja pugna entre liberales y conservadores, la opinión de Pablo, el hijo mayor de doña Dolores, respecto a que las leyes, los tribunales y los políticos no los ayudaron cuando fueron despojados de la herencia, ponen de manifiesto que la política y lo legal, si bien estaban presentes en la sociedad porfirista, ocupaban un lugar lejano para la mayoría de la población; sabían de la existencia de esas ideas, pero no formaban parte de sus creencias.

La obra de Delgado, con su elogio a la vida decente, refleja un patriotismo incapaz de generar problemas similares a los ocasionados por el liberalismo, de ahí que no relacione la bondad con el progreso, reivindique las buenas costumbres del pasado y esté abierto a lo porvenir. Para él, la conducta moral es la base de la civilización moderna.¹⁴

Aunque don Juan no es un político sino un hombre de empresa, Delgado se vale de este personaje para hacernos ver que la actividad política porfirista, de mucha administración, era una manera de ganarse la vida, en la que los políticos se ocupaban de buscar la manera de mejorar su suerte; en ese campo utilizaban a todas las personas que los rodearan y la atención era mayor hacia aquellas gentes que más favorecían sus intereses. Por eso, el día de su cumpleaños don Juan no vacila en ocultar la muerte de su hermana, con el fin de que la celebración se lleve a cabo, pues en ella se cerrarían algunos negocios y, de clausurarla, quién sabe si después tendría la misma suerte, de que además quedaría mal con las personalidades invitadas: políticos, hombres de empresa y alto clero.

También aparece la resignación de los humillados perdedores, su renuencia a entablar litigios para evitar situaciones que implicaban conflictos mayores; esto es, el sacrificio de los intereses y dignidad propios en aras de la permanencia del orden. De ahí que los parientes pobres se resistan a entablar una demanda en contra de los parientes ricos.

A pesar de que todas estas situaciones tienen una implicación política, el estado como institución no aparece en la obra. Allí los gestores sociales son la Iglesia, los hombres de empresa y el progreso demandado o impulsado por los ciudadanos.

La recuperación de poder real de la Iglesia es algo que se marca en *Los parientes ricos* tanto en la familia de los pobres como en la de los pudientes. El cura es un protagonista más de la novela, aunque con diferentes facetas: desde el consejero amable de la viuda pobre, el que se preocupa por el bienestar material y espiritual de sus feligreses en la provincia, hasta el capitalino, secuaz del tío rico en las triquiñuelas sociales y políticas encaminadas a lograr poder económico y político. Ambas posiciones se dan en las creencias católicas de la población, las mismas que habían influido fuertemente para que los ideales liberales no encarnaran en la mayoría del pueblo.

Delgado hace hincapié en la religiosidad, que en la provincia invade todavía la mayor parte de la cotidianidad e incluso organiza en su entorno ciertos aspectos de la vida, mientras que en la capital la injerencia de otros factores emanados del progreso, tales como el lujo, los espectáculos, las modas y costumbres extranjeras, e incluso el mismo espacio urbano, van minando la influencia de estas creencias. La mentalidad laica que logró penetrar las instituciones gubernamentales hace que la cultura religiosa deje de penetrar en algunas capas sociales, en su esfuerzo por acabar con lo tradicional. Mientras que los parientes ricos, ocupados en la instalación de su casa en la ciudad de México y en cumplir con sus obligaciones sociales y de negocios, no han podido ir a la Basílica de Guadalupe después de un mes de vivir en la capital, los parientes pobres no esperan a desempacar y a la mañana siguiente de su llegada están haciendo la primordial visita a la virgen de Guadalupe. De esta manera, Delgado nos presenta dos caras de una misma realidad: la mentalidad religiosa.

Broshwood asegura que la sociedad que presenta Delgado es estática y que sus personajes permanecen siempre en el lugar que les corres-

ponde, interpretación que tal vez puedan sostener aquellos que piensan que la tragedia de la novela se debe a que hayan sido trece los sentados en la mesa cuando se hicieron los convenios entre los parientes.

En oposición a lo que postula Broshwood, me inclinó a considerar que la sociedad que Delgado presenta es una sociedad donde lo que priva es lo cambiante. El orden impuesto durante ese periodo aseguró la continuidad del cambio, del progreso material, factores que indudablemente repercutían en el cambio de costumbres, de mentalidad y de concepción del mundo de los diversos actores sociales (tanto por las innovaciones materiales como por el costo social de ese orden).

Una idea que parece central en Delgado es la

del *porvenir*. La palabra no aparece sino hasta las páginas finales del libro, como una esperanza ante la serie de tragedias que ocurren. La idea del progreso es remplazada por la de porvenir, lo cual, aunque puede dejar la impresión de un estatismo social donde las gentes sólo tienen que esperar la llegada de tiempos mejores, también puede significar la esperanza de que eso por venir sea algo que cambie las cosas, la idea de que la situación social tiene que ser mejorada. Pero: “¿Quién penetra en las sombras de lo por venir?”¹⁵ La idea del porvenir es la duda en la novela de Delgado, la que hace que la gente experimente sus ideas y salga de sus creencias, la que deja ver que una sociedad aparentemente estática tiene en su interior una serie de movimientos que le dan vida.

Notas

* Este trabajo fue realizado durante el curso Ideas e Instituciones en El Colegio de Michoacán, dirigido por el doctor Andrés Lira.

¹ Daniel Cosío Villegas, “El porfiriato, era de consolidación”, *Historia Mexicana*, núm. 1, vol. XIII, julio-septiembre de 1963.

² John S. Broshwood, “La novela mexicana frente al porfirismo”, *Historia Mexicana*, núm. 3, vol. VII, enero-marzo de 1958, pp. 368-372.

³ John S. Broshwood, *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, México, FCE (Brevarios, 230), 1973, p. 373.

⁴ *Apud* John S. Broshwood, *ibid.*, p. 240. Ubicar de esta manera a los escritores porfirianos nos permite una mejor comprensión de sus obras.

⁵ Posteriormente, en 1913, fue seis meses director general de Educación Pública en Guadalajara a invitación del gobernador López Portillo; murió al año siguiente. Los datos biográficos fueron tomados de A. Castro Leal en el prólogo de la obra.

⁶ Citado por A. Castro Leal, prólogo a Rafael Delgado, *Los parientes ricos*, México, Porrúa (Biblioteca de Autores Mexicanos), 1985, p. 4.

⁷ Cristina Barros y Arturo Souto, *Siglo XIX: romanticismo, realismo y naturalismo*, México, ANUIES, 1976, p. 81.

⁸ Marcelo Pogolotti, *La clase media en México*, México, Diógenes (Antologías temáticas, 10), 1972, p. 27.

⁹ Los temas tratados en las otras novelas son proporcionados por los autores que cito y que hacen referencia a las obras de Delgado.

¹⁰ Alberto Valenzuela Rodarte, *Historia de la literatura en México e Hispanoamérica*, México, Jus, 1967, pp. 170-171.

¹¹ Mariano Azuela cuestiona que las obras hasta entonces escritas en México hayan sido novelas, pues según él no cumplían con el requisito de entrar en la categoría de arte y provocar una emoción estética. Mariano Azuela, *Cien años de novela mexicana*, México, Botas, 1947, pp. 130-135 y González Peña, 1954, pp. 344-346.

¹² Mariano Azuela, *ibid.*, pp. 141-144.

¹³ Rafael Delgado, *op. cit.*, p. 26.

¹⁴ *Apud* John S. Broshwood, *México en su novela...*

¹⁵ Rafael Delgado, *op. cit.*, p. 419.

HOSPITAL

